

LAKITAS EN ARICA

Camila Arancibia · César Borie · Alejandro Fielbaum
Andrés Fortunato · Catalina Lorca · Francisco Manríquez
Gerardo Mora · Francisco Silva · Zorka Ostojic · Juan Wolf

Victoria Castro Rojas

Prólogo

Gerardo Mora Rivera

Editor

LAKITAS EN ARICA

Registro de Propiedad Intelectual No 196087

© Gerardo Mora Rivera

ISBN 978-956-332-850-9

Primera edición e impresión: 2010

Segunda impresión: 2011

Santiago de Chile

Gerardo Mora [*mora.rivera@azapa.org*]

Editor

César Borie, Andrés Fortunato, Paula Martínez y María Carolina Odone

Editores asistentes

Tamara Osses [*tamara.osses@azapa.org*]

Diseño gráfico y retoque digital

AZAPA Producciones Ltda. [*contacto@azapa.org*]

Concepto y distribución

A **Juan Solar González,**
padre de Juan Solar Vergara.
Siempre con nosotros.

A **Martín Coya,**
maestro lakita.
En profundo agradecimiento.



Mapas <i>Diego Artigas</i>	6
Prólogo <i>Victoria Castro</i>	11
Lakitas y trayectos <i>Gerardo Mora</i>	17
Construcción de una lakita <i>Andrés Fortunato</i>	21
Una guía sobre los géneros musicales tocados por los lakitas en Arica <i>Juan Wolf</i>	53
Música bajo tierra <i>Camila Arancibia y Francisco Silva</i>	59
La zampoña ariqueña <i>Andrés Fortunato</i>	75
Imágenes que roncan <i>Francisco Manríquez</i>	89
Tradición y wayno para soplar: las lakitas en los bailes religiosos de Arica <i>Juan Wolf</i>	107
Silencio de las lakitas en el discurso mediático sobre patrimonio en Arica <i>Catalina Lorca y Alejandro Fielbaum</i>	117
Lo que el viento me dejó <i>Zorka Ostojic</i>	125
Historia reciente de los lakitas en Arica <i>César Borie y Gerardo Mora</i>	133
Tocan en este libro	167
Bibliografía	169

I

... paparapa, paparapa, paparapapan, para, parapa, pan, parapaparan, taratarata, tata, tara, tata, tara... El frío seco y algo de altura los reciben como todas las veces, una vez más. Deben ser muy jugados para ponerse a soplar como desaforados de buenas a primeras, no es para menos, se trata de la entrada al pueblo y no se puede guatear. Esta fiesta promete, con tres bandas en el pueblo la jarana no va a parar... tarata, tana, tana, tanan... El sonido de las cañas -aunque se trata de PVC- empieza a inundar el pueblo, los músicos avanzan mientras van soplando, es curioso cómo cada uno está metido en lo suyo y al mismo tiempo pendiente de los demás. Los lakitas tocan en pares, tal vez es por eso que cuando se mueven espontáneamente al ritmo de la música, se agachan, marcan los tiempos de manera diferente, si se les mira en conjunto se puede ver que se mueven como circuito sincronizado, con sus movimientos van diagramando la música.

.. tana, tata, tanan ... La banda de don Segundo, él la trae. Desde ahora los zampoñeros no se le despegarán, van con él cuando saluda a los alféreces y lo esperan como si fueran edecanes ¡No! Más bien como escoltas, porque cuando él sale, ellos acompañan su recorrido de manera impecable. Hay mucha dignidad en juego: la de don Segundo, la de la banda... y la fiesta acaba de comenzar.

“... vas a llorar,
vas a llorar,
vas a llorar mi cholita...”

Es tan rica esa cumbia. Claro que si fuera en la ciudad sería “y va a caer, y va a caer, y va a caer Pinochet”. La banda toca, don Segundo muestra lo suyo. Es un éxito, todos salen a bailar. Esta es una fiesta del pasado, los aymaras bailan cumbia sin cambiar los brazos de posición, “cumbias andinas”, el trópico no ha llegado a los Andes en todo su esplendor.

Suena la caja, llegó mi hora, se viene un huayno, urgente busco a alguien y le pongo mi cara de “sácame a bailar”, si no me tengo que resignar a meterme en la rueda.

Suena el bombo, pan, pan, pan, pan... Estoy en el cielo, bailar un huayno con zampoñas, qué más se puede pedir ... que sea en buena hora.

“...joven Kalula,
joven Kalula,
joven Kalula,
joven Kalula...”

Seguimos con las cumbias, los músicos con sus coreografías, todo pasando... y de repente hay algo que no deja bailar bien, se cruza el bombo, en sólo segundos que se hacen eternos las miradas de aviso de los músicos se vuelven inquisidoras, hasta que por fin se acomoda el bombero ¿Qué hace que se cruce el bombo? ¿Será alguna pollera que lo distrae?

Son las tres de la mañana, luego de haber comido, bebido y bailado, don Segundo se retira y con él se lleva a su banda, al ritmo de un huayno cruzan el pueblo hasta la casa de don Segundo y en el camino van despertando a los pocos que se quedaron en sus casas, algunos abuelos y los niños. Avanzar tocando los ayuda a no tener frío, el mismo que en un rato más capearán todos juntos en una pieza. Don Segundo los despide y le entrega las indicaciones al Caporal para el desayuno y la hora en que empezarán a tocar.

-Estuvo buena la tocá, el Flaco no más que se anduvo perdiendo ¿Qué te pasó flaco?

-No sé, yo hice pan, pan, pan, pampan y cuando volví estaba cruzado, no sé qué pasó. Pero la “cumbia” nos salió parejita.

-Rico el picante...

Al final de la fiesta se concreta el pago, lo recibe el caporal para luego repartirlo en partes iguales.

Llegó el momento de la despedida, para la banda la fiesta termina tal como empezó. Disciplinadamente parten tocando ante la cruz del pueblo y continúan avanzando por las calles, hasta llegar al lugar en donde los espera el vehículo que los traerá de vuelta a la ciudad. Los músicos tocan desde el principio hasta el final, hasta en el último metro del camino su sentido es tocar...

“... ya me voy, ya me voy yendo
de este pueblo tan querido,
ya me voy, ya me voy yendo
de este pueblo tan querido,
me voy de aquí
dejando tristes corazones,
me voy de aquí
dejando tristes corazones.

Si no quieres que me vaya
desensilla mi caballo,
si no quieres que me vaya
desensilla mi caballo,
lejos de aquí
he de irme esta noche,
lejos de aquí
he de irme esta noche...”

Los zampoñeros se van cansados, pero satisfechos, en Arica los están esperando sus otros trabajos que, aunque no tienen nada que ver con la música, son lo que necesitan para ganarse la vida; si no existieran no sería posible venir a tocar a los pueblos.

II

Tocar en un tambo es como ganarse la lotería, cada vez es más difícil, por eso cuando llega una invitación vamos todos.

Tocar es un espacio de cielo, todo se calla alrededor de la banda, en esos momentos pareciera que para los músicos no existiera otra dimensión.

La banda aunque muchas veces se presenta en dos filas, actúa como círculo, los cuerpos y miradas de los zam-

poñeros apuntan hacia el centro de la banda o hacia otro compañero, difícilmente una mirada se escapará fuera de esa circunscripción, salvo la del caporal que de vez en cuando le echa una miradita a la percusión un poco más allá. Los zampoñeros por más experimentados que sean, aunque se trate de un tema que hayan tocado mil veces, no pierden esa concentración, no ocurre como con otros instrumentos que mientras el músico lo ejecuta puede mirar al público a su alrededor. La banda es una hélice que mantiene a los músicos en movimiento, pero conectados.

Un tambo es una salida de fin de semana. Por mucho que tengan que trabajar, el sentido es pasarlo bien, es una ocasión de llevar a las parejas y a los hijos más grandes, los que le van siguiendo los pasos al papá.

Un tambo tiene su propio ritmo, no se puede adelantar, hay que esperar que el ambiente tenga la temperatura justa, en la medida de que las expectativas van llegando a su punto de máxima tensión. Mientras tanto, en la mesa se aprovecha el tiempo para recordar, los zampoñeros siempre tienen historias que contar, las tienen hoy, las tenían hace diez años y las tuvieron hace veinte y así parece que el tiempo en retroceso fuera infinito, hasta que desaparece el hilo del pasado sin poder ver dónde empezó. Las anécdotas, los cuentos, van condimentando la noche. Cada vez hay más gente que quiere mover las “patitas”, de repente las voces suenan mucho más fuerte y cada quien se mueve más, aunque sin salir de su asiento, hasta que alguien de la banda se para, se vuelve hacia atrás y toma el bolso de las zampoñas para empezar a repartirlas, empiezan a circular las seis y las siete, no falta al que le toca una desafinada y la tiene que cambiar, pero nadie tiene zampoña propia, acá la propiedad privada no funciona. Ya todos sabemos que por fin la banda va a empezar a tocar, sin embargo la espera se hace eterna, los músicos aún tienen varios pasos que dar antes de tomarse la cancha, la pista o el escenario, según donde se encuentren. Ahora se ponen los chalecos y mientras seguimos expectantes, cada uno se acomoda el penacho, el ambiente está que arde, los movimientos van y vienen, hasta que, más temprano que tarde, antecedita por un silencio, por fin suena la bendita campanilla y se arma la jarana, la gente sale a bailar, los músicos en medio y sus mujeres en la mesa.

Las mujeres son bien atendidas, eso es parte del pago tácito a los músicos, pero les es muy difícil bailar, mientras los hombres están tocando son muy pocos los que se atreven a sacar a bailar a una de sus minas, tendría que ser alguien de mucha confianza, tienen suerte si casualmente vino el cuñado.

La banda termina el primer tema y luego espera y espera. Desde fuera pensamos que se están poniendo de acuerdo, que aún no han decidido qué tocar, que necesitan beber, que hay que apretar la caja, en fin. Las personas que se quedaron en la pista para seguir bailando, de a poco empiezan a regresar a sus asientos y los músicos siguen parados, aprovechamos de comprar algo, hasta que, sin mediar acción alguna que para nosotros evidencie algún cambio, empieza el segundo tema sin ningún problema y nos dejan sin responder nuestras interrogantes. Siempre pasa lo mismo ¿Tanto se conocen que con solo mirarse se comunican?

Tocan, tocan, tocan y rematan con el último tema, las ganas con las que tocan nos hacen augurar que después de esto viene el descanso. De vuelta a la mesa, las zampoñas al bolso, cerveza, cerveza, cerveza y después a aprovechar de bailar un poquito, aunque sea con música envasada.

“... que se vaya, que se vaya,
que se vaya con cualquiera,
yo mismo seré testigo,
testigo de ese matrimonio...”

III

El amanecer trae novedades, novedades que no siempre son buenas y este día no lo son para la familia del Armando. La luz dejó en evidencia la tragedia, como siempre en estos casos el dolor se mezcla con el alboroto, a las pocas horas lo estaban velando. La noticia vuela, los zampoñeros que están en contacto permanente se avisan unos a otros, la familia y los amigos comienzan su peregrinar en busca de algún consuelo. Armando Choque, el joven zampoñero que entonces era parte de los *Peregrinos del Norte*, disfrutaba tocar.

En el recorrido al cementerio lo acompañan sus compañeros de banda, tocando marchas y los temas que a él más le gustaban.

La vida mantiene su ritmo, así pasan los días hasta que llega el momento de la quema de la ropa. El Schmeiling ha hecho un tema para la ocasión, para recordar al amigo⁸¹. La banda se reúne antes de partir a la casa del Armando, a medida que van llegando rápidamente empiezan a compartir el nuevo tema, en más o menos una hora ya lo tienen preparado. A los pocos días de su partida el Armando tiene su propio huayno, de esta forma queda grabado en las zampoñas, años después algunos músicos lo tocarán sin haberlo conocido, será parte de las fiestas, tendrá sus propias anécdotas.

“... se ha marchado
y ha dejado en nuestro corazón
un día lleno de dolor
que quedará grabado
en esta canción
que hoy traemos para ti.

¡Armando!

Ya te hemos cumplido,
Podemos ir en paz,
Porque tus lakitas
Han tocado con todo el corazón...”

El Armando ahora es alegría, cada vez que sus compañeros de banda tocan su huayno, el Juanito se adelanta y termina gritando solo ¡Armando!

Cuando un músico llega por primera vez a la banda, lo hace para aprender y así es recibido por el grupo, con ese acto se sella la pertenencia a una fraternidad muy particular, unida por los vientos. Cuando la muerte se presenta la enfrentan con música, tocar es parte de vivir el duelo.

Las zampoñas saben de muerte, la celebran tanto como a la vida, la muerte es una fiesta como todas, con comida, copete y música.

81. Se recomienda escuchar la pista 21 del disco “Lakitas de Arica. Una historia fonográfica”.

IV

Días negros, años negros que a todos nos envuelven, las zampoñas son algo más de todo lo que entra en este saco.

El 30 de Octubre de 1984, con un disparo en la frente mataron a Luis Contreras en la Rotonda Tucapel, testigo de tantos horrores. Un año antes habían alzado el vuelo los primeros movimientos, pero fue esta muerte la que terminó por despertar a los incrédulos.

El día del entierro, a medida que la columna avanza, se le van uniendo más personas. Hay tanta gente “quitá de bulla” que quedó en medio de esto, gente que nunca tuvo intención de protestar, gente que hasta entonces estaba resignada, gente a la que la muerte de ese joven niño les abofeteó la cara y vieron lo que nunca habían querido ver.

En este entierro no hay carroza, el cajón lo llevan en andas, van todos a pie, entre llantos y consignas se escuchan las zampoñas, zampoñas que también van aumentando mientras recorren el camino, son *Los Prisioneros del Folclor*.

Al avanzar por Lastarria, la calle que lleva al cementerio, el caudal de gente llega de una vereda a otra. Creció como lo hizo el San José en los setenta cuando por la presión se fue llenando hasta que se rebalsó, salió de su cauce y mojó mucho más allá de lo que se esperaba, avanza un río de pena y rabia.

En las puertas del cementerio respetaron a unos pocos: al muerto, la familia y los músicos, todos los demás tenían que “disolverse”. En seguida el escenario quedó convertido en caos, el mismo que habría de repetirse muchas veces más, todos corriendo en distintas direcciones, los ruidos, las bombas, los ahogos, correr y apenas respirar.

En el interior logran darle sepultura a Luis Contreras, los zampoñeros acompañan la ceremonia, son un paréntesis que enmarca de tranquilidad al muerto, mientras alrededor los otros arrancan. Los que se quedaron en la entrada del cementerio fueron quienes peor lo pasaron. La familia y los músicos fueron alertados y pudieron salir un poco más “tranquilamente” por la puerta de atrás del cementerio. Otros salimos por el costado, tuvimos que correr un poco más, los efectos

de las lacrimógenas se sentían más suaves, pudimos volver a caminar y emprender el regreso, silenciosamente, después de encontrarnos de frente con esas típicas camionetas de doble cabina.

V

El primero de noviembre se prepara con esmero, la familia se preocupa de cada detalle, la celebración no puede mostrar pobreza. Hasta el cementerio llegan con todos los preparativos, comida, bebidas, flores, masitas y música, la que tiene que ser del gusto del muertito.

En estos casos acuden las bandas consagradas y algunos grupos de zampoñeros que se reúnen exclusivamente para la ocasión.

Al llegar al cementerio lo primero es tocarle a sus propios muertos, aunque rápidamente empiezan a recibir pedidos de otros deudos que quieren que se acerquen a las tumbas de sus seres queridos a tocarles un momento. Lo típico es partir con la marcha fúnebre, seguir con algunas otras marchas y tocar los temas que le gustaban al difunto.

“... ya no llores más,
ya no llores más
por ese corazón,
ya no llores más,
ya no llores más
por esa mujer ingrata...”

San muertito tiene su rutina particular, tocar a pleno sol y terminar enterrados no pasa cualquier día. Desde el cerro se pueden escuchar la totalidad de los sonidos, distinguir la música que viene desde distintas direcciones, identificar las bandas y a los cantores que están tocando todos al mismo tiempo. También se puede observar el peregrinar de la gente, los que van o vienen y los que se quedan instalados todo el día formando pequeñas parcelitas cada una con su propia fiesta. Tocar en el cementerio, haya o no dinero de por medio, es un acto sagrado, la relación de los músicos es con los muertos.

VI

“... hoy nos ha nacido el Salvador,
el Mesías, el Señor.

Hoy nos ha nacido el Salvador,
El Mesías, el Señor...”

Llegó diciembre, aunque la señora Biga y el caballero Cruz no estén, sus bailes continúan.

Las pastoras comienzan sus ensayos con la banda, una banda que no es banda, son músicos que se juntan para tocar con las kuyacas, zampoñeros que año tras año fielmente vienen a tocarle al niño, también los hay que se pierden por un buen tiempo y que para volver solo tienen que presentarse en el próximo ensayo. Son músicos que respetan la tradición y tocan con devoción, incluso los que no creen en Dios. Aunque predominen los músicos de una banda, también hay zampoñeros que tocan solo con las pastoras, como el abuelito Pato, que cada diciembre está con las kuyacas, debe ser uno de los músicos más antiguos.

Nunca he visto que el abuelito Pato no se sepa un tema, es imposible que se los sepa todos, pero no se cómo lo hace, cuando hay un tema nuevo lo toca como si ya lo hubiera sacado, adivina la música, toca parejito.

Junto con los viejos también llegan a tocar pajaritos nuevos, este año le tocó al Luchín, está todo tímido, parece la mascota de la banda, pero es empeñoso, está aprendiendo súper rápido, aunque él sabe tocar zampoñas, nunca había tocado en una banda.

Los zampoñeros aprenden los temas nuevos rápidamente durante el ensayo, primero soplando bajito cuando están tratando de sacar el tema, en la medida que lo van dominando soplan más fuerte, hasta que lo dominan de principio a fin y lo tocan a todo pulmón.

Casi todo diciembre están el baile y la banda ensayando, cuando llega el 25 están listos para salir a visitar nacimientos.

Parten tocando en la casa de Cruz, el Luchín está emocionado, su par en la zampoña es la persona adecuada para ayudarlo a corregir cuando se equivoca. Le pusieron enfrente al René, él sabe exactamente lo que tiene

que tocar su pareja, siendo dos cañas con notas distintas. René espera que el Luchín le responda, le complementa lo que está tocando, así es muy fácil darse cuenta de los errores, cuando el chico está muy perdido, se las arregla para indicarle con la mano dónde y cuándo tiene que soplar.

Donde Cruz las pastoras ya están bailando, empiezan las mudanzas, entre medio, los cantos. Así van avanzando hasta que les toca el siguiente nacimiento, van repitiendo la misma rutina hasta el final de la noche.

Una esquina antes de llegar a la casa que van a visitar, la banda empieza a tocar para llegar de esta misma forma hasta el nacimiento, esto sirve como aviso para que los vecinos se den por enterados y se acerquen a mirar, especialmente los niños, que estando de vacaciones la revuelven hasta más tarde. Antes de despedirse, los dueños de casa les ofrecen alguna comida.

“... a mi niño Manuelito
todos le traen un don,
yo soy chica y nada tengo,
le traigo mi corazón...”

El baile de las pastoras visita varios nacimientos el mismo día, por lo que suele hacerseles muy tarde y regresan donde Cruz de madrugada, y por supuesto, el regreso lo hacen con la banda tocando, eso es algo que conocen muy bien los vecinos de la San José, sobre todo si es alguien que vive en Lauca con Chapiquiña.

Nunca veo la hora cuando pasan porque estoy durmiendo, pero debe ser como a las tres de la mañana, es súper lindo, como a esa hora no hay vehículos, lo único que se escucha son las zampoñas suavécitas que se vienen acercando, después se escucha súper fuerte cuando van pasando por afuera de la casa y ahí se empiezan a alejar, pero yo los escucho hasta que llegan a la casa de arriba. Mi hermana no, ella sigue durmiendo, no sé cómo lo hace.

En la madrugada la banda y el baile ocupan todo el espacio, en los músicos como siempre, existe una complicidad, van tocando y bailando. Están nuevamente en su pedazo de cielo, se les puede ver cómo avanzan con los ojos cerrados, algunos bailan agachaditos. Son los dueños de la calle, son los dueños del silencio, todo el espacio sonoro les pertenece... pana nanan pana na-

nananan pa na na... para pa rapa rapa raparapaparan...
lo están disfrutando hasta el final cuando llegan a la
casa de Cruz.

- ¿Te diste cuenta que me perdí cuando tuve que
hacerle el quite al poste? Los postes de las esquinas
siempre me cagan.

- Que es rica esa vuelcita, en esa parte: papan papan
papa papa tara taratatataran, sale justita.

- Buenas noches.

“... adoremos todos
con ardiente amor,
al Verbo Encarnado
al Dios Salvador...”

Ya estamos en enero, empiezan las despedidas visitando
a cada uno de los nacimientos, a estas alturas el Luchín
toca a la par con sus compañeros y el abuelito Pato
como tuna, no le entran balas.

El último día las kuyacas se quedan donde Cruz, ya no
hay más casas que visitar, allí tocan, hacen las últimas
mudanzas... y será hasta diciembre cuando nuevamente
empiecen los ensayos, cuando se junten los zampoñe-
ros: los de siempre, los viejos, los nuevos, los que aun-
que no se vean en todo el año, en el momento preciso
van a volver a tocar, con solo mirarse se entenderán,
basta que el caporal toque la campanilla para empezar a
soplar... pana nanananan.